

¿Polarización o dogmatismo?

Aquiles Montoya*
Departamento de Economía
Universidad Centroamericana
“José Simeón Cañas”
pp. 314-316

En los últimos tiempos se ha comenzado a hablar en el ámbito de la política de la polarización como un problema, pero si lo fuera, hay que preguntarse para quién. La polarización no debe ser confundida con el bipartidismo, ya que puede ocurrir que existan solo dos partidos, cuyas diferencias político-ideológicas no sean relevantes, como en Estados Unidos o Honduras. En El Salvador pudiera tratarse de un bipartidismo polarizado, vista la tendencia de los últimos años. Al parecer, la polarización se considera problemática, cuando es definida como estar a favor o en contra del sistema. Del sistema capitalista, obviamente, lo cual incluye a las estructuras que lo hacen funcionar. Es curioso que a aquellos que están a favor del sistema, les resulte como un contrasentido que existan personas que, viviendo y actuando dentro del sistema capitalista, estén en contra de él, como si no fuese un derecho humano pensar diferente y tener opciones políticas e ideológicas distintas. Los favorables al sistema ven al antisistema como un leproso a quien habría que excluir de la sociedad y, paradójicamente, se dicen defensores de la democracia y, simultáneamente, también como el “verdadero pueblo salvadoreño”.

Ciertamente, de existir una polarización política ideológica en el país, sería un problema y un problema serio para las clases dominantes y sus aparatos de dominación, porque eso indicaría que sus instrumentos de dominación ideológica ya no funcionan. En consecuencia, la mejor política de las derechas y de la izquierda moderada que busca cambiar algo para que todo siga igual, estaría en un serio aprieto. Esto indicaría que los cambios cosméticos ya no bastan y que, al menos, para un sector (“polo”) de la población, se requieren cambios radicales, esto es, que vayan a la raíz de los problemas. Asimismo,

* Catedrático del Departamento de Economía de la UCA. Dirección electrónica: amontoya@eco.uca.edu.sv

mo, mostraría que un “polo” de la población estaría no por la alternancia en el poder, sino por ser una alternativa.

La polarización no es un problema, para quienes somos antisistema. Es más, lo deseable sería que esa polarización se profundizara más, hasta llegar a constituir una mayoría absoluta y así ganar las diferentes elecciones. Así, sin necesidad de cambiar el sistema, lo cual no puede ser una acción voluntarista, realizar una serie de cambios posibles y necesarios que beneficien a la mayoría del pueblo salvadoreño. Dicho en pocas palabras, se trata de invertir los roles del gobierno. Si ahora está en función de algunos sectores de la burguesía y, por lo tanto, protege sus intereses y actúa en su beneficio, el criterio sería distinto, hacer todo aquello que beneficie a los sectores populares. La razón es simple. Ser antisistema es estar convencido de que el sistema capitalista, tal como funciona en el país, genera pobreza, exclusión social y degradación ambiental. Además de otros males, como la inseguridad y la desigualdad de todo tipo. Y, de manera general, para ser antisistema basta comprender que el sistema capitalista posibilita y exige la concentración de la riqueza.

Por eso, más que polarización en la población lo que existe es dogmatismo en las dirigencias de la derecha y de la izquierda. La derecha actúa dogmáticamente cuando rechaza cualquier nivel de co-gobierno. Si bien ARENA ha ganado cuatro elecciones presidenciales, la población, incluso, la que votó por este partido, no le entregó un cheque en blanco para actuar sin considerar el interés nacional. La implementación y la persistencia del modelo neoliberal es una actitud dogmática que, más temprano que tarde, les pasará factura. Por otra parte, cómo se pueden lograr políticas nacionales, o de país, si en la toma de decisiones se excluye a la principal fuerza de oposición. Los votos del FMLN son muchos como para ignorarlos.

La derecha también actúa dogmáticamente cuando sostiene que las protestas del movimiento social buscan desestabilizar al gobierno y que responden a lineamientos del FMLN.

De esta forma, se niegan la posibilidad para conocer la realidad y responder a las demandas legítimas de la población. Estas posturas son una simple repetición de las viejas manifestaciones públicas del fundador de ARENA, acerca de los vasos comunicantes. Esta explicación ya fue discutible, en su momento, no digamos en la actualidad, cuando la tendencia apunta hacia el surgimiento de movimientos sociales autónomos.

La izquierda que se dice antisistema actúa dogmáticamente, cuando no utiliza sus espacios de poder para beneficiar a la población. Se olvida que la razón de ser antisistema no es un dogma, sino que su racionalidad está en la realidad de las mayorías populares empobrecidas y excluidas. Actúa dogmáticamente, cuando sigue creyendo que para cambiar la realidad hay que agudizar las contradicciones objetivas y subjetivas. La realidad es que los pobres muy pobres ni siquiera se ocupan de la política, para hacer política primero hay que tener el estómago lleno.

Cuando el fundamento de una postura antisistema radica en la comprensión del capitalismo, desde la perspectiva que posibilita la economía política marxista, no hay razón para temer a las medidas de la derecha que buscan congraciarse con la voluntad popular. El capitalismo ha sido, es y será siempre incapaz de resolver los problemas de la mayoría de la población. En el tiempo, la derrota del capitalismo está asegurada. Pero como, además, un marxista primero es humanista, debe preocuparse en el presente, en el día a día, por mejorar las condiciones de la población. De allí que para negociar votos en la Asamblea Legislativa es preciso tener una agenda mínima de exigencias, favorable a las mayorías populares y que, además, provengan de esas mismas mayorías populares. Al mismo tiempo, estas exigencias deben ser dadas a conocer a la población, para que esta comprenda el por qué de la negativa de la izquierda a votar ciertas decisiones que exigen una mayoría calificada. Las negociaciones bajo la mesa siempre generan sospechas, porque existen antecedentes de malas prácticas.

Diferente sería si el FMLN, para aprobar el presupuesto nacional, exige un aumento del salario mínimo y hace pública su demanda. No solo contaría con el apoyo de miles de trabajadores, sino que sería una forma de arrancarle algo a los empresarios, quienes se enriquecen cada vez más, a costa del empobrecimiento de los trabajadores. O bien, si para aprobar un determinado préstamo se exige al gobierno de ARENA la aprobación de una ley del agua, que reconozca que el acceso a ella es un derecho humano y que, en consecuencia, no puede ser privatizada. Estos no son más que dos ejemplos, pero con facilidad se encuentran muchas demandas populares, las cuales pueden ser satisfechas, si el FMLN usara con inteligencia uno de los pocos recursos de poder con que cuenta.

Esta clase de condiciones para votar de forma cualificada, en la Asamblea Legislativa, lejos de significar un desgaste para el FMLN, harían más evidente la actitud antipopular del régimen. Y el Frente actuaría de manera consecuente, ya que propiciaría mejoras en las condiciones de vida y trabajo de la población, el objetivo de un partido de izquierda. Además, el votante del FMLN constataría que concederle la llave del voto calificado es para su bien, puesto que se obtienen resultados. Sin duda, esta constatación animaría a más electores a votar por el Frente, con lo cual desaparecerían los partidos pequeños de derecha.

Está muy bien que el FMLN se defina como antisistema, pero más importante es que su militancia entienda por qué y que significa tal postura. De esta manera, se comprende mejor cuál debe ser el papel de un partido de izquierda, que opera dentro del sistema: arrancar a la clase dominante mejores condiciones de vida y de trabajo para la clase dominada. La burguesía siempre busca proteger sus intereses, y si no se la fuerza a ceder algo, no lo hará por voluntad propia.

Una práctica de este tipo mostraría a la población que el poder político, en manos de la izquierda, la beneficia y aunque no se lograsen resolver todos sus problemas, se avanza en esta tarea. Si el trabajo legislativo es acompañado de un trabajo municipal, en función de las mayorías populares, desde una perspectiva teórica como la de la economía solidaria, es posible que más salvadoreños se muevan hacia la izquierda, lo cual posibilitaría que esta pudiera llegar al poder ejecutivo.

Ahora bien, un triunfo presidencial de la izquierda no significaría cambiar el sistema. Los sistemas no se cambian *voluntariamente* ni por decreto. Dentro del sistema capitalista, un gobierno de izquierda podría evitar la corrupción, siempre y cuando sus funcionarios no sucumban ante los corruptores; podría mejorar la educación, la salud, los servicios públicos aún no privatizados como el agua, la generación de energía, nacionalizar los servicios privatizados que no funcionan de forma eficiente, regular las ganancias de las empresas que prestan servicios públicos o de interés nacional; podría realizar una reforma tributaria, podría hacer funcionar el bimonetarismo, podría revisar el tratado de libre comercio con Estados Unidos, podría tener una política internacional independiente, podría ajustar los salarios a los niveles inflacionarios para que los trabajadores no pierdan poder adquisitivo, etc.

El cambio de sistema debe esperar. No lo conseguiría ni siquiera en cinco períodos sucesivos al frente del poder ejecutivo. Pero podría apoyar, fomentar y desarrollar las empresas solidarias, lo cual permitiría que en el país funcionaran tres sectores: la economía capitalista, la economía pública y la economía del trabajo o solidaria. Ciertamente, sería una sociedad mucho mejor que la actual.

Ser antisistema, tal como se puede apreciar, no es ser un monstruo y tenemos derecho a serlo.